

personas de quienes mejor podía flarse. Tenía sobrada instrucción, pero también muchas extravagancias, y aunque hombre de buen juicio, habíase formado tan alta idea de su sabiduría, que siempre se creyó casi infalible. Su vanidad desmedida, convirtiéndole en un hombre irritable y quisquilloso, fué la puerta por la cual penetraron los hombres hipócritas que abusaron de su confianza; creíase igual á Washington y se quejaba de no haber obtenido tantos votos como él, y por último, si bien es cierto que en el fondo era un hombre generoso y de buen corazón, no lo es menos que sus maneras, tan poco insinuantes como conciliadoras, hacían suponer una cosa muy distinta.

En ciertas cosas, Adams era verdaderamente maniático, y esto lo prueban sus injustos recelos hacia Hamilton, á quien profesaba una aversión profunda, considerándole como su ángel malo. Hamilton era para Adams una especie de pesadilla que le tenía en continuo sobresalto, y que hasta turbaba su tranquilidad, acibarando sus alegrías. En todo cuanto le irritaba, Adams veía la mano de Hamilton; si se publicaba contra él algún artículo, si se corrían noticias falsas en los círculos políticos, achacábalo el Presidente al espíritu diabólico de Hamilton, y por esto le acusaba en todas partes y en todas ocasiones, sin consideración alguna, y con tan poco decoro como razón. El público acabó al fin por no hacer caso de aquellas acusaciones, pero Hamilton resentido, escribió al Presidente pidiéndole una explicación, y como aquel no le contestase, Hamilton le dirigió una segunda carta llamándole claramente embustero y calumniador.

Desgraciadamente, Adams era muy obstinado y carecía en cierto modo de resolución. El país deseaba la guerra, mientras que Francia, que nunca hubiera cometido la locura de empeñarse en ella, porque no estaba en disposición de hacerlo, ni era tal su ánimo, prefería la paz; y sin tener en cuenta esta circunstancia, el Presidente, dejándose llevar por una de sus acostumbradas extravagancias, y sin consultar con su gabinete ni tomar acta de las injurias que nos infería el Directorio, resolvió enviar embajadores á Francia para solicitar una paz que aquel mismo hubiera pedido seguramente. Cuando Washington tuvo conocimiento de esto, asegúrase que lo llevó muy á mal, y Hamilton por su parte protestó contra la medida, sin contar con que la opinión pública reveló un disgusto general, pues dar semejante paso, era una cosa verdaderamente humillante. No sabemos si el hecho de haber conferido Washington un elevado cargo á Mr. Hamilton en el ejército, cosa que disgustó en extremo al Presidente Adams, influiría para que éste enviara aquella desgraciada misión á Francia; pero es lo cierto, que si se hubieran hecho las cosas de otro modo, obligando á dicha nación á que admitiese las condiciones que se le impusieran antes de celebrar la paz, habría aumentado la popularidad del Gobierno federal lo suficiente para no tener que temer nada del partido republicano, al menos por algunos años.

La ley de sediciones y la de extranjeros contribuyeron

también á la impopularidad y caída del Gobierno, pero es probable que si se hubiese declarado la guerra no se habría fijado tanto la atención pública en aquellas ni en otras cuestiones de importancia secundaria. Mas no se hizo así, y de este modo los republicanos hallaron un medio para ejercer su influencia en el país, y tomarlo por arma las citadas leyes, que envolvían diversos principios, atacaron rudamente al Gobierno, que no pudo resistir el ímpetu de la oposición.

La opinión pública convino generalmente en que las leyes de sediciones y de extranjeros eran inconstitucionales, mas aun cuando así fuese, no faltó en aquella época, ni falta tampoco aun hoy día, quien las apoyara, pues se tuvo en cuenta que se habían aprobado en días en que predominaba la mas violenta escitación, porque treinta mil emisarios extranjeros, según de público se dijo, conspiraban contra el Gobierno, en tanto que la libertad de la prensa había degenerado en escandalosa licencia. Sin embargo, lo de que el Presidente, solo por una sospecha pudiera desterrar una persona cualquiera, mientras el Gobierno general protegía con sus leyes á todos los funcionarios públicos sin distinción de clases, no nos parece justo ni equitativo. ¿Qué seguridades tenía el Gobierno de la rectitud y buena conducta de sus funcionarios para protegerlos por una ley especial? Por lo que hace á la prensa, no negaremos que difamar á un hombre público ó á un particular, es injusto y no hay autorización para hacerlo, pero es preciso convenir que si los periódicos se toman la libertad de mentir ó exagerar los hechos, suelen también decir la verdad, y por esto nos parece fué inoportuno hacer una ley solo para castigarlos, cuando había tribunales para entender en los casos de injuria.

Además de las causas ya citadas, pronto vinieron otras á complicar la situación: Washington dejó de existir, y con su muerte estinguíose el brillante faro que era el norte y guía de la nación americana, pues aun desde su retiro, parecía comunicarse su influencia al Gobierno. Washington, despues de haberse presentado por última vez para defender los derechos de su patria con las armas en la mano bajó á la tumba; solo quedaba Hamilton para sustituirle, y él fué quien en 1799, reunió las dispersas huestes de su partido, consiguiendo obtener una vez mas la victoria en las elecciones; pero ya no podía considerarse sino como un extranjero, y por lo tanto no quiso emplear en lo futuro su influencia sino para combatir al Presidente. La locura que cometió Adams al separar dos miembros de su Gabinete en circunstancias en que estaban irritados los ánimos, aceleró su caída, y como si esto no bastase, vino luego el folleto de Hamilton á completar la obra. De este modo se aumentaron las disensiones entre los federalistas, y Jefferson y Burr ganaron la elección.

Hamilton pues se retiró á la vida privada en tanto que su rival subía al poder; despues de tantas vicisitudes, Jefferson veía satisfecha su ambición y conseguido su objeto; solo restaba averiguar si podría hacer lo que es aun mas difícil que elevarse, es decir, conservar el poder.

CAPÍTULO XIV.

1638—1685.

LOS PROGRESOS Y LA PROSPERIDAD DE LA NACION.

Algunas noticias acerca de los progresos del país.— Los Estados del Norte, y sobre todo Nueva-Inglaterra apoyan al Gobierno.— Proposición en Massachusetts.— Observación de Jefferson.— Límites.— Matias Lycin en Vermont.— Empresa en los Estados del Norte.— La literatura del día.— Noah Webster.— La reserva de Connecticut.— Abolición de la esclavitud de Nueva-York.— Arreglo de cuentas con el Gobierno federal.— Las Cartas familiares de Sullivan.— Georgia y su nueva Constitución.— Opiniones de Jefferson en 1811, acerca de las resoluciones de Kentucky y Virginia.— Carta á Destutt Tracy.— Los Carolinos del Sur según José Allston.— Su carta á la hija de Burr.— El comercio de algodón.— Maravilloso progreso de los Estados Occidentales.— Nueva Constitución de Kentucky.— Enrique Clay en la convención.— Sus actos.— El territorio de los Estados-Unidos y Chatahoochee.— Los españoles evacuan el distrito de los Natchez.— El territorio de Mississippi.— Su Gobierno.— Su rápido progreso.— La region Norte Occidental.— Ocupación de los habitantes.— Formación del censo.— Cambio en el Gobierno.— Se organiza el territorio de Indiana.— Tratados con los Cherokeees y los Creeks.— Louisiana y sus relaciones con los Estados-Unidos.— Discurso de Enrique Clay en Lexington.— Carta de Jefferson al hijo del coronel Nicolás.— Apéndice al capítulo XIV.— Cuadros estadísticos.

Al continuar la historia de los Estados-Unidos, nuestra atención se ha fijado necesariamente en aquellos asuntos que se relacionan con el progreso y prosperidad de la Union, considerada como un todo, y no hemos podido hacer mas que hablar incidentalmente de la situación interior de los diversos Estados. Llegados no obstante á este punto de nuestra historia, parécenos oportuno consagrar un capítulo á dar ciertas noticias sobre todo cuanto se haya omitido, á fin de que el lector pueda formarse idea de la situación de los asuntos, tanto de los Estados del Occidente como en los del Norte y del Sur. Como nuestra historia general se refiere á la Union misma, no es nuestro ánimo dar cuenta detallada de los cambios políticos en todos los Estados; pero si haremos un bosquejo acerca de los progresos de aquellos,

consiguiendo así el objeto que nos hemos propuesto.

La cuestión del armamento nacional para resistir los ataques de Francia, fué la que provocó mas acalorados debates, no solo en las legislaturas de los Estados, sino también en todos los círculos sociales de la Union. Ya hemos hablado antes, aunque ligeramente, de esto, y daremos aquí algunos detalles mas.

En los Estados del Norte, la acción de la política del Gobierno, no produjo los mismos efectos que en los del Sur y Oeste, pues vemos claramente que en los segundos ejerció el comercio su influencia civilizadora, mientras la agricultura ocupaba con preferencia la atención de los Estados que se encuentran mas abajo del Delaware. La opinión pública se mostraba contraria á la política del Presi-

dente, si bien esto no tuvo consecuencias, pues habiéndose presentado ciertos acuerdos en la legislatura de Pennsylvania, protestando contra las medidas defensivas recomendadas por Adams al Congreso, se desecharon, aunque por una escasa mayoría.

Nueva-Inglaterra era en aquel crítico período el principal baluarte de la administración de Juan Adams, y la prueba es, que aquellas legislaturas aprobaron por unanimidad la política del Presidente. Massachusetts propuso, con la sanción de otros cinco Estados, que se adicionara á la Constitución una enmienda por la cual se prohibiese, que los extranjeros pudieran desempeñar ningún cargo público en América. Esto indignó á Jefferson, quien dijo al tener conocimiento del hecho: «Son tan santurriones, que no se puede esperar de ellos sino la mas pasiva obediencia.»

En 1798 se adoptaron medidas para fijar el límite nordeste, y habiendo convenido los comisionados en que el Passamaquoddy era el mismo río Santa Cruz de que se hablaba en el tratado de 1783, determinaron que el Chiputnaticook, ó brazo que corre desde el norte, se considerase como la corriente principal, y como secundaria la que procede del este, atravesando los lagos de Schoodic. En el nacimiento de la corriente principal, se levantaron las señales necesarias, y con esto se suspendió la negociacion hasta 1842. Sin embargo, una vez empezado el arreglo, podia asegurarse que se harían concesiones de terrenos en el Mainé, pues no era de presumir que dejaran pasar mucho tiempo sin zanjar las dificultades dos naciones como la Gran Bretaña y los Estados-Unidos.

Matías Lyon, que se habia hecho notable en el Congreso, volvió luego á Vermont para ocuparse mas útilmente, puesto que, según nos dice uno de sus admiradores, al po-

co tiempo de su llegada, Fairhaven, que se une con Skeenesborough, era la ciudad mas floreciente del Estado, debiéndose esto á su fundador, el coronel Lyon, cuya perseverancia y celo para establecer fábricas fué sumamente útil para la población, que le pagaba sus afanes con el mas profundo agradecimiento. Lyon estableció una fundición para hacer toda clase de obras de hierro, dos fraguas, una herrería, un molino de papel, otro de trigo, y una imprenta, siendo de advertir que era al mismo tiempo editor de un periódico que llevaba el portentoso título de *Azote de la aristocracia, y depositario de la importante Verdad Política*. El papel de este diario era de corteza de árbol, muy bueno para la impresión, y lo fabricaba el mismo Lyon, así como tambien los caracteres de imprenta. Al poco tiempo se casó con la hija del gobernador del Estado, que á pesar de su elevada categoría, se dedicó á las faenas domésticas con patriarcal sencillez.

Con lo dicho tenemos un ejemplo de la actividad pública de los Estados del Norte; si aun necesitáramos otro, nos bastaría ir á la gran Casa de la Ciudad de Boston, desde la cual veríamos el puerto cuajado de buques, y una afanosa población ocupada en sus tareas. En los pueblos y ciudades, se habia introducido tambien un sistema de canales de riego, tan necesarios para la higiene pública, sobre todo en aquella época, en que eran muy frecuentes la visitas de la fiebre amarilla. Ya hemos dicho que mas de una vez hizo estragos aquella epidemia en Philadelphia, y ahora añadiremos que esto sucedia cuatro veces al año, en todas las ciudades de los Estados-Unidos, que eran puertos de mar, especialmente en el Norte. El canal de Philadelphia y el acueducto de Croton, eran verdaderas obras de arte que probaban la inteligencia y carácter emprendedor de aquel pue-

blo de la Union. La marcha de Cobbet de América, fué consecuencia de una violenta disputa con el Dr. Rush, de Philadelphia, amigo de Jefferson, acerca del origen y tratamiento de la fiebre amarilla.

Ya hemos tenido ocasion de hablar varias veces de la enérgica actividad y del iracundo frenesí de los periódicos de aquella época, pero tanto bajo el punto de vista comercial como político, debemos dar algunas noticias acerca de los periódicos de nuestro país. En Philadelphia publicábanse ocho diarios y en Nueva-York seis, que eran los grandes centros del movimiento político y mercantil de la Union, y el que pudieran sostenerse aquellos, es una prueba infalible del carácter emprendedor y de la ilustración del pueblo. Los citados periódicos se asemejaban mucho á los de la Gran Bretaña, y en los últimos años han aumentado en número y disminuido en precio, de tal modo, que no podrían hacerles la competencia los de los demás países. Solo comparándole con el de la época actual, podrá apreciarse debidamente lo que era el periodismo de América á fines del último siglo, y se comprenderá asimismo cuál era el progreso de los diversos Estados. Baltimore solo, sostenia tres periódicos diarios; el resto de los doscientos que salían entonces á luz, se publicaban una ó dos veces á la semana, como sucedia en Boston. El primer editor responsable que se conoció fué el Dr. Noah Webster, autor del ventajosamente conocido *Diccionario Americano de la lengua inglesa*. Poco antes de encargarse Adams de la Presidencia, Webster era editor de la *Minerva de Nueva-York ó Avisador Comercial*. Los escritos de los mas eminentes hombres de Estado y políticos de aquella época, escepto Jefferson, á quien al parecer desagradaban los periódicos, demuestran cuanto uso se hacia de es-

tos, y según ya hemos dicho anteriormente, habia á lo menos ciento ochenta diarios que apoyaban á Mr. Adams, y veinte, cuyos editores, que eran extranjeros, hacían la oposición.

Al hacerse las reclamaciones del territorio de la parte Occidental, Connecticut obtuvo un estenso distrito en el Ohio, conocido con el nombre de la *Reserva de Connecticut*, que se cedió por fin á los Estados-Unidos en 1800. Hacia la misma época, Pennsylvania resolvió indemnizar á los que hacían reclamaciones de terrenos, abonando el valor de aquellos en metálico, lo cual satisfizo en alto grado á los reclamantes, arreglándose así fácilmente todas las diferencias.

Citaremos como un hecho notable que en aquella época no se pudo conseguir en Pennsylvania que la Asamblea aprobara una proposición por la cual se abolía la esclavitud en dicho Estado. La legislatura de Nueva-York, por el contrario, aprobó un decreto cuyo objeto era extinguir gradualmente la esclavitud, y aquí nos parece oportuno dar una idea de sus principales disposiciones. Hélas aquí: en primer lugar, todos los que fuesen esclavos al aprobarse el decreto, debían considerarse así toda su vida, pero no podrían venderse ni sacarse fuera del Estado y si alguno intentaba hacerlo, se daría al esclavo la libertad. A los inmigrantes, se les permitiría traer los que quisieren consigo, siempre que los hubiesen tenido un año, pero con la condición de no venderlos. Los hijos de esclavos nacidos después del 4 de julio, serían declarados libres, mas con la condición de servir como trabajadores á los amos de sus padres; los varones hasta los veintiocho años y las hembras hasta los veinticinco. Esta ley era acaso imperfecta, pero cuando menos reconocía los derechos de la humanidad en la raza negra,

poniéndolos en relacion con los derechos sociales.

Durante la administracion de Adams, la residencia del Gobierno del Estado de Nueva-York, se trasladó á la Albania; esta tendencia á trasladar los centros de los diversos Gobiernos á un punto distante de donde reside la actividad comercial, es por demás notable, y en ella debe fijarse el amante de la historia. Otra de las cosas que tambien llama la atencion, era la insistencia de las corporaciones en aludir la responsabilidad, tratándose del pago de los créditos. El Gobierno federal no podia conseguir que ningun Estado procediese al arreglo de sus cuentas, pendientes desde el fin de la revolucion, y por esto se aprobó un decreto, disponiendo que se declarase libre de todas reclamaciones á los Estados que quisieran pagar en el espacio de cinco años, en papel de los Estados-Unidos, las sumas por que estuvieran en descubierto. Nueva-York arregló sus cuentas, pero ninguno de los demás Estados volvió á ocuparse mas de la cuestion del pago.

A continuacion extractamos un párrafo de una de las *Cartas familiares* de Sullivan, que se refieren principalmente á los Estados del Norte, y son tan curiosas como interesantes.

«A fines del siglo, las costumbres de la sociedad experimentaron un cambio notable, observándose que iba estendiendo su influjo la moda de Francia. Comenzó á dejar de usarse el polvo para el cabello, y se varió el peinado; adoptáronse los trajes anchos, se desterraron los colorines para usar solo los colores oscuros ó negros, y en una palabra, segun fueron aumentando los recursos, vestíanse todos con mas elegancia y buen gusto. Por lo que hace á las reuniones por la noche, no se contaban tantas como ahora, si bien es cierto que tampoco habia tanta sociabilidad.

Los americanos no son una gente espiritual y de carácter alegre como los franceses, y en esta parte de nuestro país se asemeja á los hijos de la Gran Bretaña. Sin embargo, muchos vivirán ahora que acaso recuerden el trato franco, amistoso y cordial de la sociedad de hace treinta ó cuarenta años, (esto se escribió en 1833) ¿por qué ha desaparecido? ¿Es el actual estado de cosas preferible al anterior?»

Tratando ahora de otro asunto, diremos que en 1798, el Estado de Georgia, en cumplimiento de lo que prevenia su Constitucion de 1789, revisó su forma de Gobierno á fin de introducir las mejoras que dictaba la experiencia, si bien no se hicieron cambios fundamentales. Solamente se alteraron las condiciones que antes se exigian para ser miembro de la legislatura ó gobernador, con el objeto de que pudiera optar á estas distinciones un número mayor de ciudadanos. Los requisitos para ser ciudadano ó tener derecho á la residencia, que eran las barreras contra la influencia de los extranjeros y de los inmigrantes de otros Estados, se variaron tambien, introduciéndose nuevas restricciones. Para optar al cargo de gobernador, era necesario haber sido doce años ciudadano de la Union, y contar seis de residencia en el Estado; no serian elegibles como Senadores los que no contaran con nueve años de ciudadanía y tres de residencia, y para los Representantes, exigíanse siete y tres respectivamente. Ningun condado debia tener mas de cuatro representantes siempre que contara con una poblacion de doce mil almas; á las poblaciones de siete mil se les concedian tres, á las de tres mil, dos, y á las demás inferiores en número uno solamente.

Ya hemos hablado en otro capítulo de los procedimientos de las legislaturas de Kentucky y Virginia, que tenian por objeto

combatir las medidas adoptadas por Adams y el Congreso, y hemos dicho tambien qué parte tuvo en aquel asunto Mr. Jefferson. Por eso nos parece oportuno esponer aquí cuáles eran las opiniones de aquel distinguido jefe del gran partido republicano respecto á los acuerdos de Virginia y de Kentucky. En 1811, escribiendo al conde Destutt Tracy, deciale lo siguiente (*). «Las verdaderas barreras de nuestra libertad son los Gobiernos de nuestros Estados: diez y siete Estados distintos, aunados entre sí cuando se trata de nuestros intereses exteriores, pero aislados é independientes en cuanto á su administracion interior, y organizados con su legislatura y su Gobierno elegido por el pueblo, no es probable que se dejen influir con tanta facilidad por un solo hombre, ni que consientan tampoco una usurpacion. Si esto sucediera en un Estado, los otros diez y seis, que se encuentran en una estension de dos mil millas, se alzarían inmediatamente dispuestos á protestar, contando, como cuentan con su propia legislatura y su gobernador, que es el jefe nato de la milicia, la cual puede organizarse su infantería, caballería y artillería con sus correspondientes jefes y oficiales, acostumbrados siempre á la obediencia. El Gobierno republicano de Francia cayó sin lucha porque predominó el partido que proclamaba la divisa de *uno é indivisible*: no existían instituciones provinciales á las que pudiera apelar el pueblo bajo la autoridad de las leyes; los sillones del Directorio estaban vacíos, y una pequeña fuerza bastó para arrojar de la Cámara á los miembros de la legislatura y para que un hombre se proclamara jefe de la nacion.

»Pero con nosotros el caso es distinto; diez

(*) Véase la *Vida de Jefferson* por Tucker, vol. II, páginas 322-24.

y seis Estados que se levantan en masa, con sus fuerzas organizadas y protegidas por sus leyes, ofrecerían un invencible obstáculo al usurpador.

»De esta perfecta y distinta organizacion, podrían acaso temerse peligros de otra naturaleza, como por ejemplo, que algunos Estados intentaran separarse de la Union, pero no es probable que de los motivos de queja que tuviese una localidad participaran los demás, y aun cuando así fuese, presentándose en mayoría en el Congreso, fácilmente obtendrían se satisficiesen sus exigencias, si eran justas, por medio de leyes benéficas y constitucionales. En los Estados en que se llegara á dominar el descontento por cuestiones locales, y comenzase á reinar el espíritu de hostilidad, este se sofocaría al momento por esa misma division de los partidos que predomina entre nosotros y que predominará siempre allí donde haya libertad de pensar, hablar y obrar conforme á sus propias opiniones, condicion esencial para que se conserve la pureza del gobierno.»

En la curiosa é instructiva obra del doctor Sullivan, hemos encontrado muchas noticias interesantes acerca de la poblacion y costumbres de nuestro país, pero preferimos reproducir aquí las observaciones de un hijo de la Carolina del Sur respecto de su propio Estado, pues con esto podrá formarse una idea de los demás. «Respecto á nuestras costumbres, escribia José Allston á la hija de Aaron Burr, mucho tiene que envidiar á los demás Estados la Carolina del Sur. Generalmente hablando, solo estamos divididos en dos clases, muy ricos y muy pobres, lo cual si no ventajoso bajo el punto de vista político, lo es bajo el punto de vista social. Los hombres que aquí tienen grandes fortunas, y que por causa del clima no quieren dedicarse á los negocios, tienen sobrado tiempo para consa-